

SEVILLA EN LA PINTURA JAPONESA

POR FERNANDO G^a GUTIÉRREZ

Cuando los primeros misioneros llegaron al Japón, los habitantes de aquellas islas se interesaron por los países de los que provenían. Por otra parte los cuatro “Legados Japoneses” a su vuelta al Japón, en 1590, llevaron consigo libros que habían recibido como regalos en Europa. Estos libros pudieron inspirar las pinturas de vistas de las más famosas ciudades de la época, entre las que se hallaba Sevilla. Además en 1597 se hizo un grabado de la Virgen de la Antigua, en una de las escuelas de arte que dirigían los Jesuitas en el Japón

When the first European missionaries arrived at Japan, people of those islands wanted to know about the countries they were arriving from. After the four “Japanese Legates” went back to Japan in 1590, they took with them several books they had received as presents in Europe. In those books, Japanese artists could take inspiration to paint views of the most famous cities of the world at that time, and Sevilla was one of them. There are three of those paintings in which Sevilla appears among other cities of the world. Besides that, in 1597 there was an engraving of Our Lady of La Antigua made in one of the schools of art, directed by the Jesuits in Japan.

PANORAMA HISTÓRICO-ARTÍSTICO A FINAL DEL SILO XVI

Un afán innato en la manera de ser de los japoneses fue, seguramente, una de las causas que más influyeron para que quisieran conocer todo lo que había más allá de sus islas. Es una constante histórica en aquel país del Lejano Oriente, que miró siempre hacia los países de fuera con una sorprendente capacidad de conocimiento y asimilación.

Desde los primeros siglos de su historia, en el lejano Período de Nara (646-794), ya se reunió en Japón una colección de arte, fabulosa para aquel tiempo, que todavía se conserva en el *Shoso-in* del templo budista Horyu-ji, de Nara: allí hay una colección inapreciable de unos tres mil objetos, perfectamente catalogados, entre los que existen muebles, trajes, armas, instrumentos músicos, pintura y escultura budista, etc...

Además de los objetos hechos por artistas japoneses, se conservan otros de origen chino, coreano y persa. El afán por conocer las culturas de fuera, ha llevado a los japoneses a conservarlos y apreciarlos en un alto grado.

Este afán de apertura y de conocer otros países tuvo un desarrollo especial durante el Período de Momoyama (1573-1615). Fue entonces cuando llegaron los primeros europeos a Japón, y esto despertó en los habitantes de las islas un enorme deseo de conocer todo lo de Europa. La llegada de los misioneros jesuitas hizo posible el que conocieran en Japón las primeras obras de arte occidental, y junto con ellos llegó la descripción de las principales ciudades de Occidente. Todo resultaba para los japoneses tan extraordinariamente nuevo y distinto, que en seguida quisieron saber cómo eran las ciudades de aquella parte de la tierra que quedaba al otro extremo de ellos. Llevaron también estos occidentales libros que describían sus países y costumbres. En seguida surgió en los artistas japoneses el deseo de pintar ellos mismos las cosas que aprendían de los europeos. De aquí comenzó la costumbre, dentro del arte *Namban*, de pintar biombos en los que se describían mapas y vistas de las ciudades más conocidas del Occidente, descritas a vista de pájaro, que a veces iban acompañadas de figuras que representaban a los tipos distintivos de cada una de ellas. Pero también hubo un hecho histórico que ayudó particularmente al conocimiento de las ciudades europeas.

El 20 de febrero de 1582 partía de Japón una legación formada por cuatro jóvenes japoneses católicos que, acompañados por el P. Alexandro Valignano (Visitador General de la Compañía de Jesús en Japón), iban a visitar al Papa en Roma y a los reyes de Portugal y España. Esta expedición está descrita con todo detalle en el libro titulado “De Missione Legatorum Japonensium ad Romanam Curiam, rebusque in Europa, ac toto itinere animadversis Dialogus”, escrito por el P. Eduardo de Sande, jesuita, y publicado en Macao en 1590. En este libro quedan detalladamente descritas todas las ciudades por donde pasaron estos legados, las costumbres de los distintos pueblos que visitaban, los regalos que recibían, etc...

La expedición tenía una doble finalidad: crear una atmósfera favorable en la corte de Madrid y Roma, en donde el P. Valignano pretendía conseguir favores importantes para la misión de Japón, y el informar a los japoneses del esplendor y grandeza de las cortes europeas a través de las relaciones que hicieran los mismos legados. El recibimiento que obtuvo esta embajada en Europa sobrepasó todas las expectativas: fueron recibidos, en efecto, como embajadores de aquellos señores feudales *Daimyo* de Japón, que habían abrazado la fe católica. En julio de 1590, el P. Valignano volvió a Japón acompañado de los cuatro jóvenes legados, y fueron recibidos por el jefe del gobierno, Hideyoshi. Los cuatro legados ofrecieron a Hideyoshi un concierto con los instrumentos músicos que habían traído de Europa, en el palacio de Jurakutei, en Kyoto.

Entre los innumerables regalos que los jóvenes legados recibieron en Europa y llevaron consigo a Japón, nos dice el libro de Eduardo de Sande que estaba el libro de Abraham Ortelius “Theatrum Orbis Terrarum” (E. de Sande: ob. cit., pág. 323), que contenía la descripción de las principales ciudades del mundo. Melchor Guilandinus,

director del Jardín Botánico de Padua (el más antiguo de Europa), fue el que regaló este libro a los legados en 1585, según nos cuenta el libro de Sande. También les obsequió con tres tomos que contenían la representación de las ciudades más bellas del mundo, titulados “*Civitates Orbis Terrarum*”, escritos y realizados en grabados por George Braun y Joris Hoefnagel (publicados en Colonia en 1572). Estas dos obras iban a ser de un valor inapreciable para el conocimiento de las ciudades del mundo que iban a tener los japoneses a final del siglo XVI.

La descripción de la ciudad de Sevilla que hacen los japoneses en los biombos pintados a final del siglo XVI o primeros años del siglo XVII, está basada en los grabados de la obra de Ortelius y, sobre todo, en los que aparecen en la obra de Braun y Hoefnagel. No cabe duda que la descripción tiene que ser un poco convencional, ya que los artistas japoneses no habían visto la ciudad de Sevilla en la realidad. Además de los grabados, tendrían la inspiración proporcionada por los jesuitas que les irían dando los detalles a pintar.

No cabe duda que, para la relación mutua de las culturas de Oriente y Occidente, jugaron un papel muy importante los colegios fundados por los jesuitas en Japón. Ellos procuraron desde el principio que se diera una auténtica interrelación cultural en sus instituciones, y para ello procuraron llevar a Japón el mayor número posible de libros que pusieran a sus alumnos en contacto con todo lo que en aquellos tiempos significaba la civilización occidental y, especialmente, europea. Como era necesario divulgar esos libros y darles el mayor alcance posible, el P. Valignano, Visitador General de los jesuitas en Japón y una de las figuras más influyentes en la labor de inculcación de los misioneros, decidió llevar la imprenta a Japón en 1590. Allí permaneció este centro impresor hasta 1614 en que, por las circunstancias adversas, fue enviada la imprenta a Macao. Durante esos 24 años, la imprenta fue un verdadero caudal de publicaciones; de ellas todavía se conservan algunos libros enormemente valiosos en Japón y en Europa. Se imprimieron diccionarios y gramáticas para los estudiantes europeos de la lengua japonesa, pero la mayor parte de los libros que se imprimían eran para los estudiantes japoneses. Todo esto ocurrió cuando la imprenta todavía no se conocía en Japón: de este modo, fue esta imprenta del colegio de los jesuitas la primera que existió en aquel país. Algunos de los libros publicados en esta imprenta eran obras de la literatura occidental, pero con referencias a las obras literarias japonesas. De esta manera, se daba en aquellos colegios un verdadero estudio de cultura comparada. Naturalmente, la mayor parte de los libros publicados trataban de temas religiosos, que dieran a conocer el Cristianismo en Japón. Entre los que se imprimieron, traducidos al japonés, están: “*El Símbolo de la Fe*”, de Fray Luis de Granada (en 1592); “*La Imitación de Cristo*”, de Tomás de Kempis (1596); “*Los Ejercicios Espirituales*” de San Ignacio de Loyola (1596); “*Guía de pecadores*”, de Fray Luis de Granada (1599)...

La Escuela de Pintura que existía en los colegios de los jesuitas era también de una importancia considerable: en ella se trataba de poner en contacto a los alumnos japoneses con las obras de arte de Occidente. De este modo se conseguía también

una auténtica práctica de arte comparado. En las “Cartas Anuas” que enviaban los jesuitas a Roma para dar un informe de la misión al Superior General, se dice que los japoneses eran muy diestros en la imitación de las pinturas occidentales que copiaban, hasta el punto de que algunas veces no era posible distinguir entre la copia y el original.

En uno de estos colegios, en las islas de Amakusa, enseñaron los maestros jesuitas a sus alumnos a hacer grabados en cobre, que reproducían modelos llevados de Europa. Los grabadores eran los alumnos del colegio de Arie, en la provincia de Nagasaki, según lo atestiguaba el rector del colegio, P. Francisco Calderón, en carta del 16 de marzo de 1592. Entre los grabados llevados a Japón había uno de la Virgen de la Antigua, que se venera en la Catedral de Sevilla, y que tenía una gran devoción en aquel tiempo. En Arie se realizó un grabado de la Virgen de la Antigua, copia del llevado hasta allí por los misioneros, al que se tituló “Nuestra Señora de Sevilla”; al pie del viejo grabado puede leerse, impreso en letras latinas: “En el Seminario de Arie, 1597”. Este grabado se conserva hoy en el Archivo de la Diócesis de Nagasaki, y ha sido declarado “Obra de valor cultural” por el Gobierno de Nagasaki, con el mismo título de “Nuestra Señora de Sevilla”.

MAPAS DEL MUNDO Y VISTAS DE LAS CIUDADES

Dada la habilidad de los artistas japoneses para reproducir las obras de arte que llegaban a Japón desde Europa, no es extraño que intentaran desde el comienzo pintar aquellos grabados de mapas y vistas de las ciudades que llevaron, sobre todo, los Legados Japoneses a su vuelta de Europa. Como ya vimos, ellos había recibido dos libros importantes de este género, según nos dice en su libro Eduardo de Sando: “Theatrum Orbis Terrarum”, de Abraham Ortelius, y “Civitates Orbis Terrarum”, de Joris Hoefnagel y George Braun. Estas obras revelaron a los japoneses más detalles de la geografía de todo el mundo y de la misma situación y tamaño de su propio país. Este conocimiento fue muy pronto asimilado en un nivel artístico por los japoneses, que realizaron biombos con mapas del mundo y con vistas de las ciudades más importantes, tal como aparecían en las obras recibidas de Europa. Las obras hechas por los pintores japoneses también recibieron una cierta influencia de los mapas del mundo producidos en aquel tiempo por otro jesuita, el P. Mateo Ricci, en China, que también fueron llevados a Japón. No hay que decir que estas obras tienen no sólo un interés artístico, sino también cartográfico: muestran el conocimiento geográfico que existía entonces, y que, por los medios indicados, había llegado a Japón.

En general, todos los “Mapa Mundi” están pintados con una gran riqueza de colorido sobre un fondo azul; pequeñas embarcaciones están pintadas por todos los anchos mares, rompiendo así la rigidez científica con que podrían haber sido pintados estos mapas. Documentos de aquel tiempo aseguran que los pintores japoneses mostraban una gran habilidad al dibujar estos mapas, que servían también a los

cartógrafos europeos para completar su conocimiento sobre aquellas partes orientales de la tierra, ya que muchos de estos mapas eran enviados por los jesuitas a Europa.

Según el conocimiento contemporáneo de la geografía, Europa, África, Sudamérica y Asia oriental y del sur están pintadas con bastante exactitud, mientras que Norteamérica, el norte de Asia y Australia están realizadas más imaginativamente. El tamaño de Japón era, naturalmente, exagerado, ya que querían aquellos artistas resaltar más las islas japonesas.

En general, estas pinturas hechas sobre biombos de papel adaptado sobre un esqueleto de listones de madera, constan de dos o cuatro biombos que desarrollan todo el tema. En dos de los biombos está pintado el mapa del mundo, con detalles del hemisferio norte y sur, alguna inscripción, etc... que dan a la obra una variedad mucho mayor que la que tendría un simple mapa pintado sobre un fondo neutro. En los otros dos biombos están pintadas las vistas de las principales ciudades de todo el mundo, en un número mayor o menor según la finalidad pretendida en cada obra. Otras veces, en la parte alta del biombo están pintados personajes de cada parte del mundo, con sus trajes típicos, o mostrando sus costumbres. Y hay veces en que estos elementos están combinados de diversas formas, dando así una enorme variedad a esta clase de pinturas. Como se ve, no siguen estos biombos un esquema establecido de antemano, sino que aparece en ellos la originalidad del artista que los realiza.

Desde un punto de vista artístico, estos biombos forman parte de la escuela decorativa de pintura japonesa, y ponen de manifiesto el grado de perfección conseguido por esta tendencia estética del Período de Momoyama. Solamente se empleaban los pigmentos tradicionales de Japón al realizar estas obras, y tienen todas las características de la Escuela de *Kano* de pintura: claridad de composición, riqueza cromática y un colorido uniforme de fondo; no se aprecia en ellas ninguna influencia del modo occidental de pintar la perspectiva ni el claroscuro en las figuras. Solamente el tema distingue a estas obras de otras de la misma Escuela de *Kano*, ya que en ella se representan siempre paisajes, plantas o figuras típicamente japonesas.

Se conservan en Japón tres biombos en los que, junto con la pintura del mapa del mundo, aparecen varias vistas de las ciudades más importantes del mundo, entre las cuales está la Ciudad de Sevilla. Las tres obras fueron realizadas a finales del siglo XVI o en los primeros años del siglo XVII. Las tres obras en las que aparece la Ciudad de Sevilla se conservan en la Colección Imperial de Tokyo, en el Museo Namban Bunkakan de Osaka y en el Museo Municipal de Kobe.

BIOMBOS CON EL MAPA DEL MUNDO Y 28 CIUDADES

Esta obra, que se encuentra en la Colección Imperial de Tokyo, consta de cuatro biombos de 179 centímetros de alto por 490 de ancho. El tema se desarrolla de esta forma: en dos biombos está pintado el Mapa del Mundo, que ocupa la mayor parte de la superficie, y a ambos lados aparecen dos franjas con 21 parejas, vestidas de

los trajes típicos de los distintos lugares del mundo. Situándonos delante de este par de biombos, a la izquierda aparece todo el continente americano, y al norte las regiones nevadas que llegan al Polo Norte. A su izquierda, están las 21 parejas que representan a los habitantes de esa parte del mundo. Como ya indicamos antes, la parte de Norteamérica es la menos detallada, e incluso las regiones de Sudamérica tampoco tienen la cantidad de detalles que pueden observarse en los países europeos que aparecen a la derecha. Esto es natural, dado el conocimiento escaso que en aquel tiempo se tenía todavía de todo el continente americano.

En la parte derecha, con mucha más exactitud, están pintadas Europa, África y Asia. Australia está también poco detallada. Las 21 parejas que están pintadas a la derecha de esta parte del mundo tienen también muchos más detalles que las 21 del lado izquierdo; los trajes de cada país aparecen con más exactitud y los mismos gestos de los personajes resultan más naturales.

Todo el mapa está pintado sobre un fondo azul, en el que hay una enorme cantidad de embarcaciones dibujadas por todo el mar. Todas ellas tienen un gran parecido con la “Nao” portuguesa, que tan detalladamente fue pintada en otra serie de biombos llamados “Namban-byobu”, en los que se describe la llegada de esta nave a los puertos de Oriente.

El valor cartográfico de este mapa es altamente interesante, ya que refleja el conocimiento del mundo que se tenía entonces en Japón debido, en gran parte, a los libros que habían llegado allí. También tiene esta obra un gran interés antropológico: la descripción de las 42 parejas, que representan a todas las regiones del mundo, aporta datos culturales de valor. Además, estas parejas no están pintadas de un modo estático, sino que dialogan entre sí, tienen movimiento en su porte, y algunas incluso están pintadas sobre un fondo de paisaje insinuado, que describe aquella parte del mundo a la que pertenecen.

Situándonos frente al otro par de biombos que completan esta obra, vemos en ella que la tercera parte alta de los biombos está ocupada por cuatro parejas de caballeros a caballo, todos detalladamente descritos. Al fondo tienen paisajes que los sitúan en las regiones a que pertenecen, y la mayoría tienen en la mano una espada en actitud beligerante. Se ven entre ellos jinetes de aquellas partes del mundo, cuyas ciudades están descritas debajo de ellos.

Ocupando las dos terceras partes de estos biombos, y debajo de la franja en que están los caballeros, aparecen las vistas de 28 ciudades de todo el mundo, que seguramente eran entonces las más conocidas para aquellos japoneses que las pintaron. Comenzando por la derecha, y de arriba abajo, aparece primero un mapa de Portugal, y debajo de él las vistas de Goa y París (en la primera fila a la derecha); a continuación, Ankara y Calcuta; en la tercera fila, México, Aden, Frankfurt y Sofala; en la cuarta, Venecia, Amsterdam, Colonia y Cuzco; en la quinta, Roma, Ormuz, Bantam y Lindow; en la sexta, Estambul, Londres, Génova y Amberes; en la séptima, Sevilla, Hamburgo, Estocolmo y Moscú; y en la octava fila, Lisboa, Danzig, Berguen y Alejandría. Las razones por las que se hizo esta selección de las ciudades de todo el mundo, no

podemos saberlas. Sin duda, eran éstas las ciudades más conocidas por los jesuitas de los colegios y escuelas de arte en que se formaban estos pintores, y de este modo influían en los que realizaban las obras. También se puede ver en esta selección de las ciudades del mundo, la descripción que de ellas se hace en los libros llegados a Japón, que hemos citado tantas veces.

La vista de la Ciudad de Sevilla que aparece en esta obra, está claramente influenciada por la vista de la misma ciudad que describen Joris Hoefnagel y George Braun. Se describe a la ciudad en medio de un paisaje de montañas al fondo, claramente imaginativo. Destaca una torre alta en el centro, que sin duda es la Giralda, aunque aquí tiene más parecido a un minarete árabe de una mezquita. Por toda la ciudad, destacan diversas torres de distintas iglesias. Como en otras ciudades de las descritas en esta obra, destaca la muralla que cierra a toda la ciudad: éste es un elemento constructivo de las ciudades medievales, que tuvo que llamar mucho la atención de los japoneses, por no darse en Japón ciudades totalmente amuralladas. Y en primer termino, cerca del río, el edificio alargado del matadero, que también resalta en la vista de Sevilla que aparece en el libro de Hoefnagel. Como se ve, la ciudad responde más a una Sevilla imaginada que a la realidad, aunque sí hay en esta vista una serie de elementos que de hecho sobresalen en ella: una torre alta en el centro, un río que la circunda, muchas torres de iglesias que están diseminadas por toda la ciudad y, sobre todo, la muralla medieval de donde arranca el puente sobre el río.

Así se imaginaban los artistas japoneses a la Ciudad de Sevilla, y éstas serían las notas predominantes que les describirían los europeos que la habían visto y que darían datos de inspiración a los japoneses. Es importante ver que, ya entonces, era Sevilla una ciudad conocida y apreciada en el lejano Japón.

BIOMBOS CON EL MAPA DEL MUNDO Y 12 CIUDADES

Esta obra, que se conserva en el Museo Namban Bunkakan de Osaka, tiene también, entre las 12 ciudades elegidas, una vista de Sevilla. Es una obra de dimensiones menores que la que se conserva en la Colección Imperial de Tokyo: la de Osaka consta de dos biombos de 142'2 centímetros de alto por 234 de ancho. Como en los biombos de la Colección Imperial, en uno de ellos está pintado el Mapa del Mundo: situándonos frente a él, a la izquierda aparece toda la extensión comprendida entre España y Japón; a continuación viene una gran extensión marítima, y después, en la parte de la derecha está pintado todo el continente americano. Las distintas partes del mundo están pintadas con menos detalles que en los biombos de Tokyo; sólo están apenas insinuados muchos países, y la misma forma no es tan perfecta como en la obra anterior. Seguramente el artista que dibujó el mapa no tenía datos tan precisos para delinear el mapa. El fondo es también azulado, y por él hay igualmente embarcaciones que surcan los supuestos mares, aunque no con la profusión de la

otra obra. Como en el mapa anterior, la parte de Europa, África y América del sur parecen ser las más cercanas a la realidad. En conjunto, este mapa es apenas una copia de los dibujos cartográficos que habían llegado a Japón a los colegios de los jesuitas de aquel tiempo.

El doble biombo en que se describen las 12 ciudades, es más interesante. Situándonos frente a él, vemos a la izquierda una franja dividida en cuatro partes, en las que aparecen Lisboa, Venecia, Berguen y Ankara. A su lado, y ocupando el sitio de dos ciudades (de arriba abajo) está pintado el hemisferio norte. Debajo de él, están las vistas de Goa y México. En la parte derecha, haciendo juego con el otro hemisferio, está la pintura del hemisferio sur; debajo de él, las vistas de Génova y Sevilla. Más a la derecha, y de arriba abajo, están las vistas de Aden, Estocolmo, Amberes y Hamburgo. No deja de ser curiosa la selección de las ciudades. Como en la obra anterior, esto se debería a la dirección de los maestros de artes que dirigían la obra, quienes por una razón o por otra tendrían un particular interés en presentar esas ciudades concretas.

La vista de la Ciudad de Sevilla en esta obra es muy parecida a la anterior, aunque aquí aparece la ciudad más encerrada entre montañas, como emergiendo de una serie de alturas que la rodean por todas partes, en un gesto altamente imaginativo. También ocupa el centro de la ciudad una torre alta, la Giralda, como signo distintivo. En este caso, la Giralda tiene un aspecto más parecido a la realidad y no tiene las características tan pronunciadas de un minarete árabe que presenta en la otra pintura. Hay también otras torres de distintas iglesias, mucho más bajas, y también aquí puede verse la muralla que encierra a toda la ciudad. Sin embargo, en esta pintura no se da tanta importancia a las murallas como en la anterior. Aparecen, sí, pero no como una señal distintiva tan marcada. En general, se puede asegurar que el modelo seguido por el artista en la descripción de Sevilla y de las demás ciudades, es el que aparece en las obras ya citadas: “Theatrum Orbis Terrarum” de Abraham Ortelius y “Civitates Orbis Terrarum” de Joris Hoefnagel y George Braun. Otra vez nos convencemos de la enorme influencia que tuvieron estas obras llevadas a Japón por los Legados Japoneses que fueron a Europa, y que las llevaron como un precioso tesoro a su vuelta. No cabe duda que estas dos obras sirvieron de base para el conocimiento geográfico de los japoneses de aquel tiempo, y esto a través de los colegios que la Compañía de Jesús tenía establecidos en Japón.

BIOMBOS CON EL MAPA DEL MUNDO Y 4 GRANDES CIUDADES.

De las tres obras de pintura japonesa de finales del siglo XVI en que aparece la Ciudad de Sevilla, la más importante es el par de biombos que se conservan en el Museo Municipal de la ciudad de Kobe. La perfección de la pintura e incluso la aproximación a la realidad de los datos geográficos, son mucho mayores que en las otras dos obras de la Colección Imperial de Tokyo y del Museo Namban Bunkakan de Osaka.

Este par de biombos del Museo Municipal de Kobe tiene cada uno una altura de 158'7 y una anchura de 477'7 centímetros. Sin duda, proviene también esta pintura de las escuelas de arte establecidas por los jesuitas en Japón, y en ellas pudo también el artista que las realizó inspirarse en los dos libros de Ortelius y Braun que llevaron a Japón los Legados Japoneses. Como las otras dos obras anteriores, estos biombos fueron pintados en los últimos años del siglo XVI o primeros del XVII.

La peculiaridad de esta obra está en la perfección de su realización artística y en la exactitud de los datos geográficos que aporta. No cabe duda que, aunque la fuente de inspiración fuera la misma, la capacidad interpretativa del artista que la realiza varía en cada una de estas obras, y la del que pintó esta obra debió ser extraordinaria. En el primero de los biombos se pinta el Mapa del Mundo, con una mayor cantidad de datos geográficos, que llama la atención de un modo especial en la descripción hecha del continente americano, ya que todavía no era suficientemente conocido. Sin duda, las referencias dadas por los jesuitas que estaban en Japón y que a su vez habían ellos recibido de sus compañeros en América, pudieron enriquecer al artista que realizó estos biombos. La parte izquierda del mapa (situándonos en frente del biombo) está prácticamente dedicada al Nuevo Mundo, y la parte derecha al resto (desde España a Japón). La intensidad del colorido es mucho mayor que en las obras anteriores, en los continentes y en el mar azulado, en el que hay gran cantidad de embarcaciones que lo surcan por todas partes. Los diferentes países están señalados con variantes de colorido, y los ríos y cadenas de montes con líneas convencionales. Todo el conjunto da la sensación de un cuadro de una gran riqueza cromática, que se ajusta a la realidad geográfica con bastante precisión.

Los otros dos biombos tienen las vistas de cuatro grandes ciudades del mundo, que para aquellos artistas debían ser las más importantes o las mayores de entonces, quizás influidos por los maestros que les inspiraban: Lisboa, Sevilla, Roma y Constantinopla. Sobre cada una de ellas hay una pareja vestida con el traje típico de aquel país, y un jinete que monta su caballo también a la usanza de aquel pueblo. Estas figuras (que en el caso de Constantinopla no son dos, sino tres) están pintadas sobre un paisaje iniciado, y no se mantienen en actitud estática, sino que conversan entre sí y los jinetes tienen a sus caballos en movimiento.

Más interesante todavía para nosotros es la descripción de las cuatro grandes ciudades del mundo a vista de pájaro. La técnica de esta descripción es la misma que la de las dos obras anteriores de la Colección Imperial y del Museo de Osaka, pero la perfección es mucho más alta. Cada una de estas vistas es un verdadero cuadro de un paisaje con la ciudad situada en él. Los mismos detalles que pueden apreciarse con total precisión nos describen a las ciudades tal como son, con datos distintos, perfectamente definidos.

La vista de Lisboa (primera a la izquierda) está dominada por el paisaje marítimo, que ocupa casi la mitad de su extensión. En el mar hay gran cantidad de embarcaciones, pequeñas reproducciones de la "Nao" portuguesa que aparece en todos los "Namban Byobu". Este paisaje marítimo surcado de naves, recuerda también el que hay pintado

en la parte baja del cuadro de Alejo Fernández, “La Virgen de los mareantes” (Reales Alcázares de Sevilla). El mismo tipo de embarcación es el que se describe en los dos cuadros. El resto de la vista de Lisboa es también una miniatura de paisaje, en el que están dibujados los principales edificios de la capital de Portugal, que tanta influencia tuvo en los japoneses de los siglos XVI y XVII.

La vista de la ciudad de Roma (tercera desde la izquierda) está pintada todavía con un detalle mayor. No cabe duda que era para los misioneros la Ciudad Eterna, y tenía una importancia especial. Era la que mejor conocían todos, y por eso podían aportar más datos a los estudiantes de las escuelas de arte que tenían a su cargo. Se nota en la descripción de la ciudad de Roma más abundancia descriptiva que en todas las otras ciudades; y esto, también en la vista de Roma que aparece entre las 28 ciudades de los biombos de la Colección Imperial de Tokyo. Con el fondo de las colinas romanas y atravesada por el río Tevere, aparece la ciudad de Roma con sus innumerables basílicas y monumentos (Columna de Trajano, Coliseo, etc...). Destaca la Iglesia del Gesú, a la que, naturalmente, se da una importancia especial por ser la sede central de la Compañía de Jesús en Roma. Todo el conjunto es de un colorido apacible, como de un atardecer romano, con la nitidez propia de las miniaturas renacentistas.

Constantinopla (o Estambul) (la cuarta desde la izquierda) está también descrita con riqueza de detalles. Ocupa las dos márgenes del Bósforo, a cuya desembocadura está pintada. Destacan en esta vista las grandes iglesias ortodoxas y la muralla que la circunda en las dos márgenes del río. Esta capital del Imperio Romano de Oriente tuvo que llamar también poderosamente la atención de aquellos artistas japoneses, que la veían descrita en los libros y atlas geográficos que llegaron en aquel siglo a Japón.

Y, finalmente, Sevilla: es la segunda ciudad empezando por la izquierda, pintada entre Lisboa y Roma. Llama profundamente la atención el ver la importancia dada por los artistas japoneses a esta ciudad, hasta colocarla entre las Cuatro Grandes Ciudades del Mundo. No cabe duda que la resonancia mundial de Sevilla desde los tiempos del descubrimiento de América fue enorme: de su puerto fluvial salían gran cantidad de barcos que iban al Nuevo Mundo. Pero también muchos de los misioneros que partían para Japón pasaban por Sevilla o eran oriundos de esta ciudad. Por eso no extraña que la impresión marcada en los alumnos de los jesuitas fuera profunda. Además, la importancia dada también por Ortelius y Braun en sus libros a Sevilla era grande. La fuente directa de inspiración para la pintura de esta vista de la Ciudad de Sevilla debió ser el grabado del libro de Hoefnagel y Braun. En esta descripción de la ciudad aparecen todos los datos que hay en ese grabado, aunque recreados por la imaginación del artista que la pintó y enriquecidos por las explicaciones de los jesuitas que le enseñaban.

Como en las otras dos vistas de Sevilla, destaca en el centro de la ciudad la Giralda: en este caso la torre tiene mucho más parecido con la realidad que en las dos obras anteriores. Incluso las proporciones de su altura en comparación con las demás torres pintadas, son prácticamente las reales. Adosada a la Catedral, la vista de la Giralda se convierte en el signo distintivo de la ciudad. A su alrededor, innumerables torres de

las principales iglesias de la ciudad; algunas hasta pueden ser identificadas. La muralla que rodea a la ciudad es también un signo distintivo: para los japoneses, estas ciudades amuralladas tenían sin duda un atractivo especial. En primer término, marcadamente llamativo, el edificio alargado del matadero, que en el grabado de Hoefnagel llama tanto la atención. En este caso, a su lado hay un pequeño bosque hasta las cercanías del acueducto (Los Caños de Carmona), que también aparece en el grabado inspirador. Como fondo de la ciudad, una cadena de montes que era sin duda un elemento convencional de todos los paisajes en que se colocaba una ciudad: en Japón es inimaginable un paisaje sin montes, ya que las llanuras son casi desconocidas.

En general, la descripción de esta vista de la Ciudad de Sevilla tiene una claridad de composición y colorido que recuerdan las pinturas de la Escuela Flamenca. Comparada con las otras dos vistas de la misma ciudad de la Colección Imperial y del Museo Namban Bunkakan de Osaka, ésta tiene unas calidades estéticas mucho mayores. Además, es sin duda la descripción más cercana a la realidad de aquel siglo, a pesar de los datos convencionales añadidos a la descripción del paisaje.

Parece increíble que esta ciudad, tan lejana en la distancia, llamara tanto la atención a los artistas japoneses de final del siglo XVI y comienzos del XVII. Una vez más tenemos que reconocer que la influencia de sus maestros en los colegios de arte de Japón tuvo que ser grande. A pesar de todo, aquí nos quedan estas tres representaciones de la Ciudad de Sevilla, hechas por artistas japoneses de hace cuatro siglos, como una de las aportaciones más interesantes de la iconografía sevillana.

Años más tarde, en 1614, tuvo lugar otro acontecimiento histórico que vinculó a la ciudad de Sevilla con Japón: la Embajada enviada por el señor feudal Date Masamune a esta ciudad, al rey de España Felipe III y al Papa Paulo V. Los anales de Sevilla conservan una detallada descripción de esta embajada japonesa, encabezada por el samurai Hasekura Rokuemon Tsunenaga, al que acompañaba el franciscano sevillano Fray Luis de Sotelo. Este misionero franciscano fue el alma de aquella legación, y a pesar de los escasos éxitos conseguidos, pusieron en contacto, a los comienzos del Siglo XVII, a la ciudad de Sevilla con la lejana cultura japonesa. El embajador Hasekura, que fue bautizado durante su estancia en Madrid en la presencia de Felipe III, era portador de una carta de su señor, Date Masamune, para la ciudad de Sevilla. En un acto solemne del Cabildo fue entregada la carta, en que entre otras cosas se decía:

“Y sabiendo la grandeza y riqueza de esa noble República y también que es patria del Padre Fray Luis Sotelo, de verdad he cobrado a Vuestra Señoría grande y particular amor, y la causa principal que a ello me mueve es porque el primer hombre que nos enseñó en este Reino el camino de la verdad y la Santa Ley de Dios, es rama salida de esa generosa raíz... Así mismo recibiremos particular gusto de que V.S encamine a los dichos nuestros embajadores para que lleguen en paz y prosperidad a la presencia y lugares que son dichos y los ampare con su favor, para que nuestra pretensión e deseo mejor se ejecute... También habemos sabido que en esa República se juntan muchos navíos de todo el mundo, y por esa causa asisten en ella muchos pilotos y otras personas muy diestras en la navegación. V.S.

mande juntarlos, y averiguar con ellos si es posible navegarse derechamente desde el Japón a esa Ciudad; por qué derrotas y en qué partes o puertos se puede llegar; enviándonos razón de todo, para que siendo posible, nuestros navíos naveguen esa carrera todos los años, y nuestro deseo más bien se cumpla y nuestra amistad esté más firme y comunicable...”

Esta carta del señor feudal Date Masamune a la Ciudad de Sevilla se conserva en el Ayuntamiento como un gesto de amistad de un pueblo que, a pesar de las distancias, vislumbraba ya los lazos de amistad que iban a unirlos siempre. La Ciudad de Sevilla, que desde los lejanos años del final del Siglo XVI llamó la atención a los japoneses, quedó con esta embajada más vinculada todavía con aquel país del Lejano Oriente.



Ilustración nº 1. Vista de Sevilla en un grabado de 1638



Ilustración nº 2. Vista de Sevilla del libro "Civitates Orbis Terrarum" de George Braun y Joris Hoefnagel

DE MISSIONE
LEGATORVM IAPONEN
sium ad Romanam curiam, rebusq; in
Europa, ac toto itinere animaduersis
DIALOGVS

EX EPHEMERIDE IPSORVM LEGATORVM COL-
LEGTVS, & IN SERMONEM LATINVM VERSVS
ab Eduardo de Sande Sacerdote Societatis
IESV.



In Macaensi portu Sinici regni in domo
Societatis I E S V cum facultate
Ordinarij, & Superiorum.
Anno 1590.



Ilustración nº 4. "La Virgen de la Antigua": grabado realizado en Japón, siguiendo otro llevado allí por los misioneros, en 1597

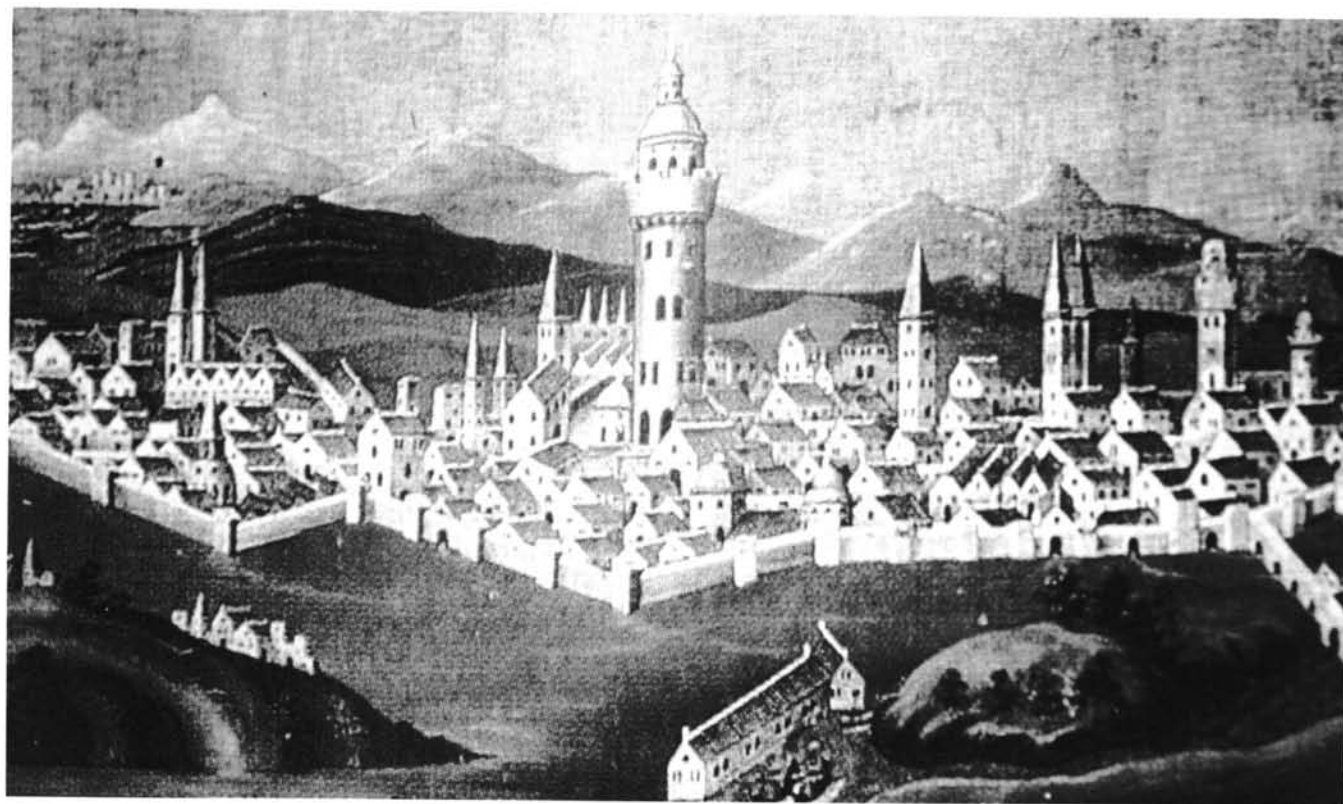


Ilustración nº 5. Vista de Sevilla en el Biombo con el Mapa del Mundo y 28 ciudades. Colección Imperial, Tokyo (detalle)

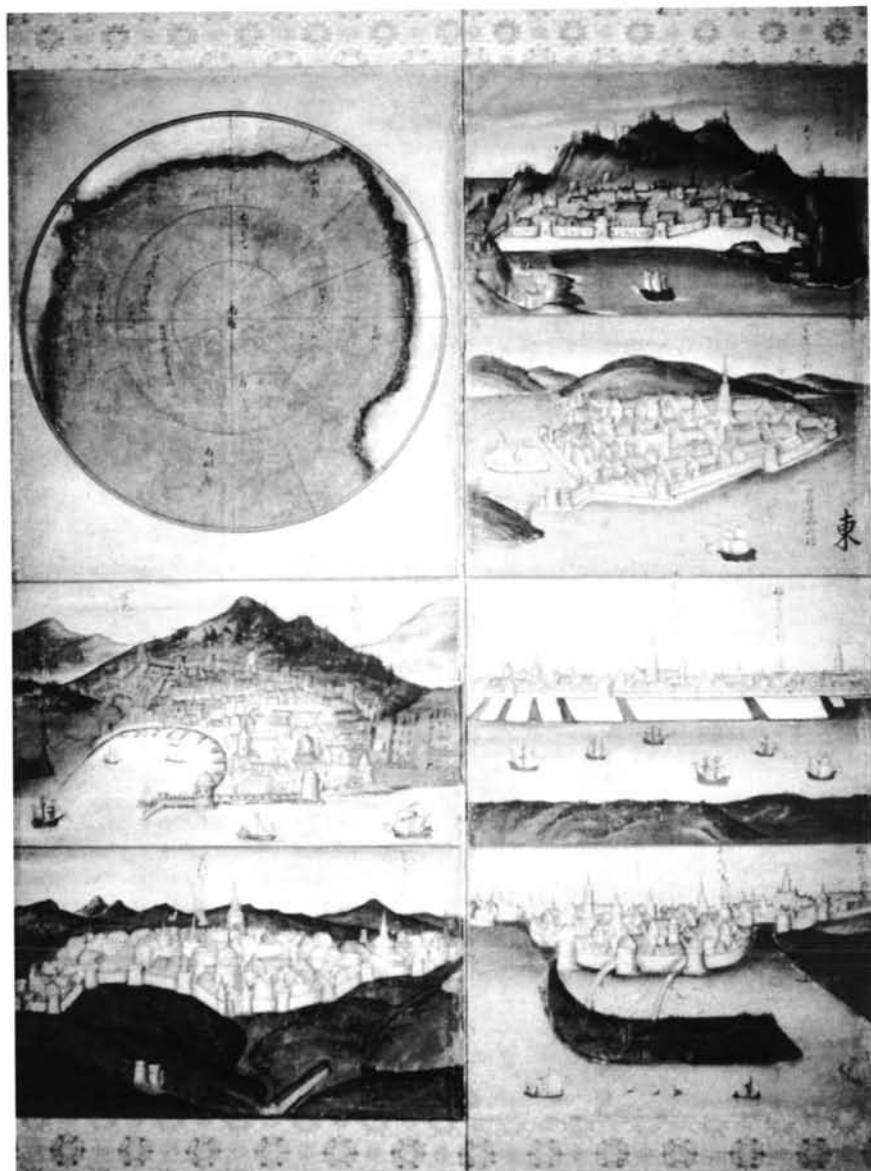


Ilustración nº 6. Biombo con el Mapa del Mundo y 12 ciudades.
Museo Namban Bunkakan, de Osaka



Ilustración nº 7. Vista de Sevilla en el Biombo con el Mapa del Mundo y 12 ciudades (detalle)

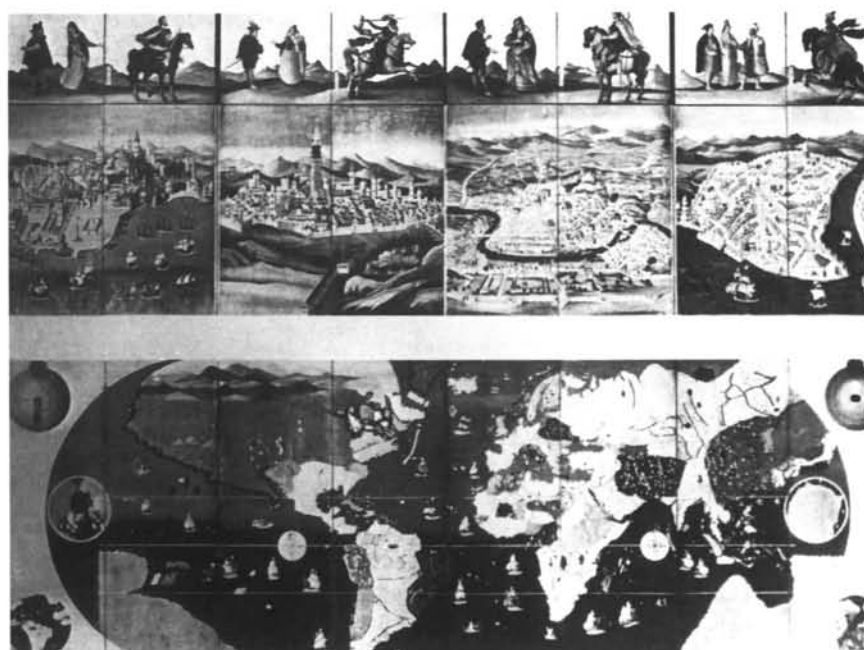


Ilustración nº 8. Biombo con el Mapa del Mundo y 4 Grandes Ciudades.
Museo Municipal de Kobe

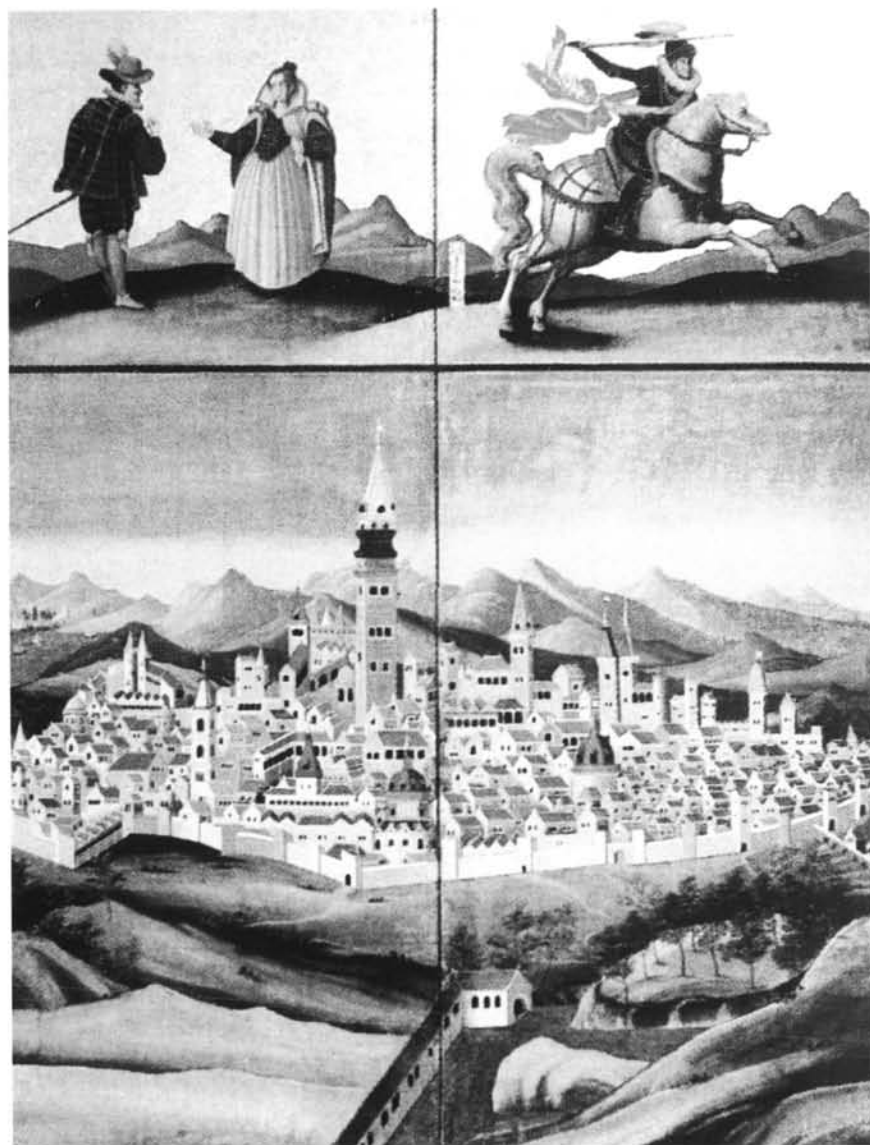


Ilustración nº 9. Vista de Sevilla en el Biombo con el Mapa del Mundo y 4 Grandes Ciudades (detalle)



Ilustración n^o 10. Retrato de Date Masamune, señor feudal de Sendai, pintado por Imamura Shiko (1880-1916). Museo Municipal de Sendai